


LA DISTORSIÓN DEL PASADO ANCESTRAL Y EL CONOCIMIENTO PERENNE TOLTECA

No podemos acabar con el neocolonialismo
con las categorías del invasor

Civilización del

ANAHUAC



SOMOS ANAHUACAS
no mexicas-mexicanos

Educar para el futuro con la sabiduría del pasado



LUZ Y GUILLERMO MARÍN



El Estado mexicano, desde 1824, se ha propuesto impedir que el pueblo, mayoritariamente heredero de la civilización Madre, conozca la civilización del Anáhuac y tenga plena conciencia de ella, visualice sus alcances y logros, materiales e inmateriales. Como el pueblo chino, es lo que es, a través del tiempo en gran medida por el pensamiento de Confucio y Lao Tse. Para los ciudadanos de este país, fantasiosamente llamado México, todo su pasado, como ellos han aprendido a llamar “Prehispánico”, se reduce a los aztecas y a la Gran México-Tenochtitlan, con sus apenas 196 años de existencia. El Dr. Guillermo Bonfil a este país le llamó “El México imaginario”.

La razón de esta felonía es que, tanto una persona, una familia y todo un pueblo, tienen conciencia de ser, gracias a su memoria histórica, a sus recuerdos y a su pasado. La conciencia de ser, es producto de la memoria histórica y de la identidad cultural ancestral. Cuando se carece de ella se pierde la conciencia y con ella la dignidad.

En México, ni los llamados especialistas tienen una clara visión del pasado ancestral por estar colonizados culturalmente, menos aún, el pueblo en general. Esto puede explicar cómo en este país, las personas y familias más poderosas son extranjeros o descendientes de extranjeros, quienes nos han enseñado a pensar que lo criollo es lo local, lo propio-nuestro, como el maíz criollo o la gallina criolla. Un pueblo, ignorante de sí mismo, es acomplejado, inseguro, derrotado, permanentemente servil y esclavo.



El conocimiento del pasado de una civilización, especialmente en el campo de la percepción del significado de la vida y de la forma de apreciar el mundo que nos rodea, resulta fundamental para desplantar el proyecto de vida de una nación. Este conocimiento es lo que hace a los chinos ser chinos durante miles de años.

Sin embargo, a los mal llamados mexicanos, porque no todos somos mexicanos, no conocemos el pasado milenario, y aún menos, su filosofía o sabiduría ancestral. Pesa sobre nuestros hombros los mitos coloniales de que nuestros antepasados no eran seres humanos, que eran violentos y caníbales, y que, además, eran idólatras y primitivos. Lo que justifica que nos han forzado a tratar torpemente de ser españoles, después franceses y ahora norteamericanos, y sentir vergüenza de ser herederos de nuestros ancestros. Por esta ideología racista, nadie desea ser indígena, y después de una mentada de madre, la ofensa más grande es la de, “pinche indio”.

El común de la gente, el mexicano desculturizado por la SEP y los medios masivos, no conoce mucho de historia, y lo poco que sabe, es lo que recuerda que aprendió en los libros de texto. Le llama la atención lo que conoce como “las ruinas prehispánicas”, y gusta de visitarlas, pero siempre como un extranjero ignorante en su propia tierra, casi siempre con un sentimiento de vacío e insatisfacción no explicado.

Buscando tratar de responder al morbo de los supuestos sacrificios humanos y las naves extraterrestres.

Otro sector de reciente creación, son los que se autoproclaman gente de la mexicanidad. En general, mestizos urbanos desculturizados, con muy poca investigación, sin hábito de estudio y lectura, dogmáticos y beligerantes. Movidos por un vacío que les proyecta la forma de vida moderna-urbana. Prófugos del hipismo, de disciplinas orientales tropicalizadas, del New Age y los más jóvenes, de las modas punk, cholos, etc., que encuentran una moda atractiva en la danza que llaman azteca, fraternizar, emplumarse, tatuarse, sembrarse nombres y sentirse invencibles guerreros aztecas. Ellos ven en la cultura mexicana, el principio, grandeza y fin de su herencia indígena. Suelen ser fantasiosos y mesiánicos y tienen sus divisiones sociales, los hay fifís y también proletarios. Más metidos en una ideología chovinista nihilista que en la realidad y la investigación de la memoria histórica.



Existe un grupo muy especial, porque son gente que nacieron de una tradición centenaria. Los concheros vienen desde el siglo XVI, del centro del país, y han hecho a través del tiempo, un asombroso sincretismo y una valiosa y heroica resistencia cultural. Para mantener la tradición tuvieron que negociar con la iglesia católica y han creado un complejo sincretismo que, en la actualidad, ha cubierto la sabiduría ancestral y pocos lo reconocen. Ha crecido mucho la fronda y es pequeña la raíz. Más metidos en el rito y la ceremonia, que en la sabiduría ancestral.

Existen ciudadanos que viven en el medio rural, que colonizadamente llaman, indios, indígenas y ahora, "originarios", que han sobrevivido a su muerte histórica, aunque también se encuentran absorbidos por la expansión de las ciudades en calidad de barrios. Desde el siglo XVI, se les quiso exterminar. Primero, volviéndolos cristianos, después se les quiso

castellanizar, modernizar e integrar a la cultura dominante, ahora recién, con la categoría neocolonial de “mestizos”, para lo cual, necesitaron dejar de hablar sus lenguas ancestrales, dejar atrás sus tradiciones, fiestas, usos y costumbres, para convertirse en flamantes ciudadanos mestizos que engrosan los ejércitos de desempleados y subempleados en los cinturones de miseria de las urbes, y los más avezados y organizados, huyendo a E.U., en calidad de ilegales.



Un sector muy minoritario de ciudadanos, refugiados en los búnkeres inexpugnables de la academia, que investigan tanto el pasado ancestral, como a los sobrevivientes de la Cultura Madre, a los originarios, como ellos los llaman educadamente.

Los primeros, basando sus estudios en lo que llaman “fuentes históricas”, o sea, escritos de los invasores del siglo XVI, de espada o crucifijo, y de aquellos hijos de la nobleza nahua, que pretendían con sus escritos, demostrar sus orígenes nobles, que les permitiera recibir un trato mejor que el de sus hermanos. En los tres casos, estos escritos eran totalmente parciales y servían a una causa personal o institucional, y estaban sujetos a la censura de la Compañía de las Indias y desde luego, a las Santa Inquisición. Estos textos, jamás se escribieron con pretensiones históricas, aunque después se han convertido en las fuentes documentales para conocer lo que sucedió en su día en la versión de los vencedores.

Por otra parte, la antropología es la ciencia del colonizador, para conocer al descubierto, al invadido, al explotado. Es un “ciencia”, que investiga “al otro” desde una inexplicable supuesta superioridad, por lo que resulta desde el inicio el investigado, un ser inferior por haber sido descubierto y conquistado. La antropología es eurocéntrica, racista y seudocientista.

Esta reflexión se pretende centrar, en el desconocimiento generalizado que se tiene de la sabiduría ancestral de nuestra civilización, pero en especial, en su sabiduría. En efecto, comenzando porque el pueblo no

sabe de la existencia de la civilización del Anáhuac, y menos aún, tiene conciencia de pertenecer a ella, aunque conscientemente no sepa nada, actúa por instinto o tradición como tal. En efecto, existe un “banco genético de información cultural”, que, a pesar de los cinco siglos de colonización, se mantiene vivo en los hijos de los Viejos Abuelos, solo que en un plano del inconsciente.



Así es, somos hijos de los hijos de una de las seis civilizaciones más antiguas del mundo y con un origen autónomo, igual que Egipto, Mesopotamia, India, China, Tawantinsuyo y nosotros, El Anáhuac. Por más que la colonización y neocolonización de españoles y criollos presuma que nuestra civilización Madre está muerta, sigue viva, vigente y vibrante en todos los espacios tangibles e intangibles en el país

en donde vivimos.

La parte vigorosa de nuestra personalidad como pueblo la aportan diez mil años de formación humana y cultural. Porque, lo importante de nuestra herencia cultural milenaria, no está en las formas externas que han podido sobrevivir en los últimos cinco siglos. Estas formas son valiosas, pero no son lo esencial, lo esencial está en la sabiduría que percibe el mundo y la vida.

En esa sabiduría perenne que guía a los seres humanos y a los pueblos a través del tiempo. Aquella que va dejando un rastro inconfundible del ser humano por lograr la plenitud armónica a través del equilibrio. Radica en la fuerza espiritual que guía a la voluntad a realizar las grandes aportaciones al bien común.

El desafío no está en volver a un pasado mitificado e inexistente, ni a rescatar a los pueblos que llaman originarios de la voracidad del mercado y la modernidad, para preservar una memoria histórica que no

poseen. Porque la gente común de las comunidades anahuacas, indígenas u originarias, en el plano consciente no poseen los conocimientos de su milenaria historia, cuando más, saben lo que les enseñaron los maestros del nivel de educación indígena de la SEP, con el libro de texto. Ellos viven la tradición y la costumbre, pero no realizan complejas elucubraciones epistémicas sobre su tradición filosófica.



Esta sabiduría ancestral tampoco se descubre en un cubículo leyendo profundas tesis, en general, de extranjeros, para escribir un texto que ilumine y salve al pueblo, de su ignorancia de sí mismo. Menos aún a través de danzas y rituales chamánicos. El desafío es mucho más profundo y difícil porque pretende recuperar el conocimiento y la sabiduría que está vivo en nosotros mismos.

La forma de interpretar la vida, la muerte, la familia, la Madre Tierra, la comunidad, el trabajo, la felicidad, el arte, lo desconocido, lo sacro y lo divino, está fundamentado en una sabiduría ancestral, que forma el cimiento más sólido de lo que somos. Seamos indígenas o mestizos, rurales o urbanos, letrados o analfabetos. No se puede ocultar, que tenemos una delicada capa de otras culturas, que nos hace más o menos intensos a nuestra esencia identitaria, pero que, en los momentos críticos, sale de nuestras profundidades telúricas la esencia más pura de lo que somos, como en los grandes terremotos o las tragedias nacionales.

El drama de la colonización, es que en el plano consciente opera la capa superior, según la época, como españoles, franceses o norteamericanos, pero en la esencia, somos anahuacas. Se requiere entonces, descolonizar la memoria histórica y la identidad cultural ancestral. Conocer en especial el pensamiento generador, la episteme estructural de nuestra civilización. Nos referimos a lo que se conoce en lengua náhuatl como Toltecáyotl, pero que, en cada cultura y en cada lengua tiene su nombre propio.

Se requiere conocer la sabiduría ancestral de nuestra civilización Madre, para poder superar la colonización. Comenzando con reconocernos como anahuacas, no como mexicanos. Saber que esta tierra desde milenios se ha llamado Anáhuac. Se requiere recuperar comunitariamente todos los fragmentos de esa sabiduría que siguen ahí, directamente en el plano de nuestra cotidianidad dándonos un rostro y un corazón, pero que no los concientizamos. Se requiere armar este inmenso rompecabezas que esta esparcido en nuestros corazones y nuestras conciencias a todo lo largo y ancho del país.



Se necesita activar al Quetzalcóatl interior que todos poseemos; como los hindúes mantienen a Krisna o los chinos a Lao Tse, en su vida diaria. Requerimos una estructura de pensamiento en el que fluya nuestra milenaria sabiduría, que es, la principal y más válida herencia cultural. Nuestro legado ancestral.

Necesitamos llenar de contenido tolteca, nuestros conceptos del mundo contemporáneo, nuestras aspiraciones más genuinas, nuestros usos y costumbres. Se requiere recuperar una narrativa tolteca en la que nos reconozcamos como actores protagónicos. Requerimos recuperar la ideología de la esencia de la vida de nuestros milenarios abuelos toltecas. Aquellos que inventaron el maíz, la milpa, el Nepohualtzintzin, la cuenta perfecta del tiempo, la democracia participativa, el sistema educativo, los que construyeron el mayor número de pirámides del mundo antiguo, como centros de investigación y sabiduría.

Requerimos, sacar de lo profundo de nosotros mismos, el Arte de Vivir en Equilibrio, llenar nuestros espacios físicos y espirituales de flor y canto. Requerimos espejos humeantes para conocer la verdadera realidad. Aperturar de nuevo una educación para la vida. Despertar de la Tierra a sus jaguares y a sus águilas, para luchar por un mundo en armonía, amor y respeto. Encontrar el camino de la sabiduría que nos

conduzca, de nuevo, a la plenitud armónica. Necesitamos volver a ser dueños de nosotros mismos, de nuestros corazones, de nuestras palabras verdaderas, de nuestros sueños luminosos. Necesitamos urgentemente volver a ser hermanos de los árboles, las montañas, los ríos, los mares, las estrellas y de todos nuestros hermanos, con los que compartimos la vida sobre el vientre enorme de nuestra Madre Querida, Tonantzin.



Este es el verdadero desafío de todos los hijos del Anáhuac. Porque no son la esencia, no es lo fundamental las lenguas, los rituales, las danzas, la música, las alabanzas, la escenografía y el vestuario. Son parte importante, pero no lo es todo. Nos falta la esencia, lo que le da sentido a todo. Lo que conecta como un fractal de fractales todo cuanto somos, hacemos y sentimos. Se requiere la sabiduría, el conocimiento que nos hace humanos, solidarios y fraternos con todos los seres vivos, y nos permite la conciencia.

Necesitamos recuperar el conocimiento ancestral del significado de la vida, del estar vivo y la trascendencia de la existencia. Conocer a profundidad el ser que va a morir. En síntesis, conocer la filosofía de los toltecas, la Toltecáyotl.

Educayotl AC. "Educar para el futuro con la sabiduría del pasado."
www.toltecayotl.org

Luz y guillermo Marín
Yahuiche, Oaxaca.
21 enero 2022.